

clases de deseos: apetito, impulso y querer. Es el deseo del fin, un querer deliberado, lo que desencadena el razonamiento práctico. Pero que un silogismo sea válido no es suficiente, debe ser también verdadero. La verdad de la acción intencional depende en última instancia de que se haga lo bueno o, como lo diría Aristóteles: «la verdad que está de acuerdo con el deseo recto», o sea la vida lograda, el desarrollo teleológico de la naturaleza propia del ser humano, es decir, los fines propios de las diferentes virtudes que el hombre puede adquirir con vistas a su perfección. De ahí que en definitiva la teoría de la acción se remite a la ética, porque no cabe una descripción completa de la acción práctica humana sin la consideración acerca de su bien o de su mal para la integridad humana. Es difícil, en conclusión, encontrar en la filosofía académica un tema humanamente tan decisivo tratado con tanta brevedad y finura analítica como lucidez.

El libro se cierra con unos apéndices muy interesantes para todos los que quieran profundizar en el conocimiento de la tarea filosófica de Anscombe: en el primero se relacionan todas sus publicaciones, en el segundo las *Lecturas* que impartió en Oxford y Cambridge y, en tercer, lugar la lista de las conferencias sobre derechos humanos y medicina que impartió en la Universidad de Minnesota en la última década del siglo pasado.

Enrique R. Moros

**Miguel GARCÍA-BARÓ**, *El bien perfecto. Invitación a la filosofía platónica*, Sígame, Salamanca 2008, 302 pp., 22 x 14, ISBN 978-84-301-1681-2.

Estamos ante la tercera entrega de una interesante historia de la filosofía que comenzó con *De Homero a Sócrates*

(2004), siguió con *Filosofía socrática* (2005) y culmina ahora —esperamos que sea sólo de momento— con el libro del que nos ocupamos. En su anterior libro, establecía las bases de su propio pensamiento en torno a la vida y el pensamiento de Sócrates. «La vida humana es cuidado: primordialmente *cuidado de sí*, y secundariamente cuidado de lo que de sí-mismas tienen las demás realidades, según la genial expresión de *Defensa*, 36c. El cuidado de sí, el cuidado de la verdad y el bien de sí, son lo único necesario para la existencia del hombre, hasta el punto de que realmente, sin él, la vida no se deja vivir, no es *biotós* (*vivable*, dice el punto 38a)» (2005, 42). «El modo de vivir que efectivamente ponemos en práctica depende todo él de *lo que creemos que sabemos respecto de la muerte*» (2005, 61). «Temer la muerte no es otra cosa que ser aparentemente sabio no siéndolo en realidad» (*Defensa*, 29a)... «Cometer injusticia es malo y vergonzoso» (*Defensa*, 29b). Y ello incondicionadamente: «y no hay que responder con mal ni aunque se esté siendo objeto de mal, porque no hay de ninguna manera que cometer mal» (*Critión*, 49c)» (2005, 131). Se trata, ciertamente, de unos textos simpatéticos con la filosofía platónica, dedicados a profundizar en el sentido de la filosofía como actividad humana, del diálogo como expresión suprema de la vida en común y de una comprensión del Bien. A este respecto, merece la pena volver a citar por extenso el anterior libro: «Vivo a sabiendas, despierto, y no a modo de un tender anónimo hacia algo de la naturaleza del imán, justamente porque *soy*, porque imito en el centro de mi ser —que es mi *alma* o *conciencia*— la Idea del Bien, la Idea de la Excelencia. Más que el hecho de quedar investido por cierto aspecto real que otros puedan reconocer en mí al mirarme, la Idea del Bien *me*

*despierta*. Acabo de expresarlo del modo más pleno posible: ella, luz de mi luz, no se limita a ser el objeto vislumbrado, cuyo conocimiento casi latente reobra sobre el ámbito humano permitiendo que me conozca también a mí mismo en mi distancia respecto de su altura. La Idea del Bien, antes incluso que origen del predicado primordial de que hay siempre que acusar a un hombre, antes, pues, que objeto conocido o *nóema* del *nous*, es la inteligencia que hace inteligente a mi inteligencia, la sabiduría misma, *el alma del alma* o *la conciencia de la conciencia...* También es la vida de la vida, aunque sea ella eterna e inmutable; y es el motor del amor, *el amor que ama en el centro del amor finito* —que se ama a sí mismo— (2005, 84-85).

En estas páginas el autor analiza el contenido de diez diálogos platónicos, considerados de la primera época, en la que Sócrates, su persona y su pensamiento, son el centro de todo desarrollo y la referencia de todo pensamiento. No pretende el autor ni desplazar, ni mucho menos sustituir, la lectura directa de los diálogos platónicos en su bella inmediatez, pero pienso que estas páginas deberían acompañar esa lectura. Aquí se describen los implícitos que guardan los personajes, las referencias indirectas se explicitan, se condensan páginas y páginas de diálogos y se obtienen conclusiones de la aparente falta de resultado de los diálogos socráticos.

El primer diálogo explorado es el Protágoras, cuyo tema se aclara con la expresión «o que lo más importante no puede enseñarse». Al final, el autor resume el recorrido intelectual del diálogo: «Protágoras enseña abiertamente lo que él no quiere para sí mismo. Sócrates enseña indirectamente que la conciencia del no saber es superior a la conciencia del saber. En primer lugar, por-

que ésta no es humana; pero, principalmente, porque es una absoluta parálisis, mucho peor que la sujeción de Prometeo a su roca» (p. 68). El segundo es el Hippias menor, «o que el hombre se diría que es malo por su bondad», que termina así: «Ser uno de tantos y reconocerlo y pasar por tal en temas como la construcción de barcos o la zapatería, no es cosa de mayor gravedad. Serlo, saber que se es, ser reconocido con verdad como no experto en el problema de la justicia, o sea, en la cuestión de cómo se debe vivir minuto a minuto y día a día, se tenga por lo demás la profesión que se tenga, es algo muy distinto. Es, en principio, una vergüenza, y, sobre todo, es en sí, dejando a un lado qué opinen los demás, un estado del que urge escapar como no urge salir de ninguna otra cárcel. No se puede vivir un solo momento sin la menor idea de cómo se debe vivir» (p. 95).

De este modo se examinan el Gorgias, Alcibiades I, Eutidemos, Hippias mayor, Lisis, Cármides, Laques y Eutrifón. Son trescientas páginas cuidadosamente escritas, inteligentes, llenas de sugerencias, de enseñanza indirecta, de verdadera utilidad en un mundo que busca a ciegas abrazarse al pragmatismo más elemental y engañoso. La invitación a la filosofía de la que habla el subtítulo hay que entenderla en sentido fuerte: no se trata de facilitar la entrada en un lugar desconocido, sino de franquear juntos el umbral que nos separa para que nuestro diálogo cuaje en las profundidades de la verdad que interesa a cada uno de nosotros. «De nuevo se dibuja en la lejanía del horizonte del diálogo socrático la unidad completa de la virtud entendida como prudencia, o sea, como auténtico saber sobre el bien y el mal —que es consciente de que la realidad no son los bienes y los males, sino que lo son las acciones que hacen uso de las realidades—.

Este auténtico saber unitario es acerca de lo bueno y lo malo, y es él en sí mismo lo bueno y lo sabio sin restricciones ni degradación alguna. Él mismo, pues, es una *praxis*, un *servirse de los seres*» (p. 279). La distancia temporal que nos separa de estos diálogos queda abolida en estas páginas y nuestro ser y nuestra vida, en lo que es y debería ser, queda emplazadas a una nueva aventura.

Enrique R. Moros

**Juan Fernando SELLÉS**, *Los hábitos intelectuales según Tomás de Aquino*, Eunsa («Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista», 97), Pamplona 2008, 665 pp., 23,5 x 17, ISBN 978-84-313-2551-0.

Esta monografía de teoría del conocimiento versa sobre un tema a primera vista sorprendente, si se considera desde los intereses dominantes en el mundo editorial de las humanidades. La sorpresa quizá se deba a que nos hemos acostumbrado a algunos reduccionismos acerca de la vida intelectual, también en los trabajos de inspiración tomista, como advierte el autor (p. 18). En su opinión se pueden constatar dos deficiencias en este campo: por una parte, la polarización en la dualidad objeto-acto que en el caso del objeto se desliza hacia el representacionismo y en cuanto al acto incurre en inexactitudes; por otra parte, se comprueba un olvido notable con respecto a los hábitos intelectuales. A propósito de la relación objeto-acto, el autor publicó en 1995 el libro *Conocer y amar. Estudio de los objetos y operaciones del entendimiento y de la voluntad según Tomás de Aquino*, con una segunda edición en 2000. Con la presente monografía aborda los hábitos cognoscitivos, imprescindibles para obtener una visión completa y exacta de la teoría aquiniana del conocimiento.

Se trata de un estudio extenso y aquilatado que cuenta con una trayectoria de unos quince años. Asume publicaciones anteriores, convertidas ahora en capítulos, y aporta otros de nueva elaboración. El hecho de asumir material ya difundido, lejos de ser un recurso fácil, ofrece ciertas garantías científicas, porque son textos que han pasado ya por la criba de la discusión en los foros académicos; además hace falta un notable esfuerzo de síntesis para discernir lo que se debe completar, añadir, quitar o matizar. Es algo que efectivamente está logrado en este libro como refleja su misma estructura. Consta de tres partes: I. Naturaleza y tipos de hábitos cognoscitivos, sobre los hábitos adquiridos, su relación con la libertad y los hábitos innatos. II. Elenco y descripción de los hábitos inferiores, que trata de la abstracción, de los hábitos de la razón teórica y los de la razón práctica. III. Relación y exposición de los hábitos superiores, que afronta la *sindéresis*, el hábito de los primeros principios y el hábito de la sabiduría.

El enunciado del contenido puede parecer árido, pero el manejo metodológico implica al lector en la argumentación: por los títulos de epígrafes en forma de pregunta cuando el tema es polémico o precisa distinciones, por la discusión bibliográfica de extensión moderada y por las explicaciones de términos escolásticos para quienes no están acostumbrados a ellos. De este modo, también el lector no especializado puede descubrir, por ejemplo, la importancia actual de hábitos como la *solertia*, la *eustoquia*, la *eubulia* o la *gnose*.

Al final de libro se encuentra una sección bibliográfica, ordenada según fuentes, obras de Tomás de Aquino, comentarios tomistas y una amplia bibliografía complementaria.

Se trata de una obra de consulta que satisface tanto a especialistas, por su ca-